

HELENA P. BLAVATSKY sobre PRACTICAR LA VERDAD

[*La Doctrina Secreta*, vol. I, pág. 644]

Karma-Némesis no es más que el efecto dinámico (espiritual) de causas producidas y fuerzas despertadas a la actividad por nuestras propias acciones. Es una ley de la dinámica oculta que “una cantidad dada de energía gastada en el plano espiritual o astral produce resultados mucho mayores que la misma cantidad gastada en el plano físico objetivo de la existencia”.

Este estado durará hasta que las intuiciones espirituales del hombre estén completamente abiertas, lo que no sucederá antes de que nos desprendamos de buena parte de nuestras gruesas capas de materia. Hasta que no comencemos a actuar desde adentro, en lugar siempre de seguir impulsos que nos vienen de fuera; a saber, los producidos por nuestros sentidos físicos y nuestro cuerpo burdo y egoísta. Hasta entonces, el único paliativo contra los males de la vida es la unión y la armonía, una Fraternidad en acción, y un altruismo no simplemente de nombre. La supresión de una sola mala causa suprimirá no una, sino una variedad de malos efectos. Y si una Hermandad, o incluso varias Hermandades, no pueden evitar que las naciones se destruyan unas a otras de vez en cuando, el hecho de mantener la unidad en pensamiento y acción, y de investigar los misterios filosóficos del ser y de tratar de comprender lo que hasta ahora ha permanecido como un enigma, siempre impedirá a algunos el crear causas adicionales en un mundo ya tan lleno de aflicción y maldad.

HELENA P. BLAVATSKY sobre LA ACTUALIDAD DE BUSCAR LA VERDAD

'El nuevo ciclo'

[*La Revue Théosophique*, París, vol. I. No. 1, 21 de marzo de 1889, pp. 3-13]

[En: H. P. Blavatsky, *Escritos completos*, vol. 11, págs. 131-135]

Debemos preparar y estudiar la verdad bajo todos los aspectos, procurando no ignorar nada, si no se desea caer en el abismo de lo desconocido cuando suene la hora. Es inútil dejarlo al azar y esperar la crisis intelectual y psíquica que se prepara, con indiferencia, si no con crasa incredulidad, diciendo que, en el peor de los casos, la marea alta nos llevará naturalmente hacia la orilla; puesto es muy probable que la marea no traiga nada más que un cadáver. La lucha será terrible en cualquier caso entre el materialismo brutal y el fanatismo ciego, por un lado, y la filosofía y el misticismo por el otro, el misticismo, ese velo más o menos translúcido que oculta la eterna Verdad.

Pero no es el materialismo el que ganará la partida. Todo fanático cuyas ideas lo aíslan del axioma universal, "No hay religión superior a la Verdad" se verá a sí mismo por ese mismo hecho rechazado, como una piedra indigna del nuevo Arco llamado *Humanidad*. Sacudida por las olas, empujado por los vientos, tambaleándose en ese elemento tan terrible por desconocido, pronto será engullido. . .

Sí, debe ser así y no puede ser de otra manera, cuando la llama artificial y gélida de la modernidad materialista se extinga por falta de combustible. Aquellos que no pueden acostumbrarse a la idea de

un Ego espiritual, un alma viviente y un Espíritu eterno dentro de su caparazón material (que debe su ilusoria existencia a esos *principios*); aquellos para quienes la gran esperanza de una existencia más allá de la tumba es una vejación, o meramente el símbolo de una cantidad desconocida, o bien el sujeto de una creencia *sui generis*, el resultado de alucinaciones teológicas y *mediúmnicas*, estos harán bien en prepararse para la peor desilusión que el futuro pueda depararles. Porque desde las profundidades de las oscuras y fangosas aguas de la materialidad que, por todos lados, ocultan los horizontes del gran Más Allá, una fuerza mística está surgiendo durante estos últimos años del siglo. A lo sumo no es más que el primer suave susurro, pero es un susurro sobrehumano —“sobrenatural” sólo para los supersticiosos y los ignorantes. El espíritu de la verdad está pasando ahora sobre la faz de las aguas oscuras, y al separarlas, está obligándolas a verter sus tesoros espirituales. Este espíritu es una fuerza que no puede ni ser obstaculizada ni detenida. Aquellos que lo reconocen y sienten que este es el momento supremo de su salvación serán elevados por él y serán llevados más allá de las ilusiones de la gran serpiente astral. La alegría que experimentarán será tan conmovedora e intensa, que, si no estuvieran mentalmente aislados de sus cuerpos de carne, el deleite los traspasaría como acero afilado. No es placer lo que experimentarán, sino una dicha que es un anticipo del conocimiento de los dioses, el conocimiento del bien y del mal, y de los frutos del árbol de la vida.

Pero, aunque el hombre de hoy sea un fanático, un escéptico o un místico, debe volverse completamente convencido de que es inútil que luche contra las dos fuerzas morales hoy desatadas y en contienda suprema. Está a merced de estos dos adversarios, y ninguna fuerza intermediaria es capaz de protegerlo. No es más que una cuestión de elección, o bien se deja llevar sin ofrecer resistencia por la ola de la evolución mística, o bien elige revolverse contra la reacción de la evolución moral y psíquica, y así encontrarse envuelto en el ‘Maelström’¹ de la nueva marea. En la actualidad, el mundo entero -con sus centros de alta inteligencia y cultura humana, sus puntos focales de política, de evolución de la vida artística, literaria y comercial- está en ebullición; todo está temblando y desmoronándose en su movimiento hacia la reforma. De nada sirve quedarse ciego, de nada sirve esperar que nadie pueda permanecer neutral entre las dos fuerzas contendientes; hay que elegir entre lo uno o lo otro, o ser aplastado entre ellos.

El hombre que imagina que ha elegido la libertad, pero que, sin embargo, permanece sumergido en ese caldero hirviendo, que espumea con la materia repugnante llamada vida social, traiciona terriblemente su propio Ser divino, una traición que eclipsará ese Ser en el curso de una larga serie de futuras encarnaciones. Todos los que vacilen en el camino de la Teosofía y de las ciencias ocultas, todos los que estén temblando en el umbral dorado de la verdad -el único camino a su alcance, porque todos los demás le han fallado uno tras otro- tendrán que enfrentarse a pecho descubierto a la gran Realidad que se les ofrece. Estas palabras están dirigidas solamente a los místicos, sólo para ellos éstas tienen alguna importancia; para los que ya han hecho su elección, son vanas e inútiles. Pero Ustedes, ocultistas, cabalistas y teósofos, saben bien que una Palabra, tan antigua como el mundo, aunque nueva para Ustedes, ha sido proclamada en el al principio de este ciclo, y cuya potencialidad, sin ser percibida por otros, yace oculta en la suma de los dígitos de los años 1 8 8 9; bien saben que acaba de sonar una nota que nunca ha sido escuchada por la

¹ Nota del traductor: Maelström se refiere a un gran remolino marítimo que se halla en las aguas noruegas meridionales en frente de las islas Lofoten.

humanidad de esta era; y que se revela una Nueva Idea, madurada por las fuerzas de la evolución. Esta idea difiere de todo lo que se ha producido en el siglo XIX; es idéntico, sin embargo, al pensamiento que ha sido el tono dominante y la tónica de cada siglo, especialmente este último: absoluta libertad de pensamiento para la humanidad.

¿Por qué tratar de estrangular y reprimir lo que no se puede destruir? ¿Por qué luchar cuando no hay otra elección que dejarse ser elevado por la cresta de la ola espiritual hasta los mismos cielos, más allá de las estrellas y de los universos, o ser sumergido en el abismo bostezante de un océano de materia? Vanos son los esfuerzos por intentar hacer sonar lo insondable, por intentar alcanzar una pretendida maravilla que se esconde en la materia tan glorificada en nuestro siglo; porque sus raíces crecen en el espíritu y en el Absoluto; no existe, a pesar de ser eterna.

Este contacto constante con la carne, la sangre y los huesos, la ilusión de la materia diferenciada, no hace otra cosa que cegarte; y cuanto más se penetre en la región de los átomos impalpables de la química, más estarás convencido de que existen solo en tu imaginación. ¿De verdad esperas encontrar en ellos toda Verdad y toda la realidad de la existencia? Porque la muerte está en la puerta de todos nosotros, esperando cerrarla detrás de un alma amada que escapa de su prisión, esa alma que es la única que ha hecho del cuerpo una realidad; ¿Cómo puede el amor eterno asociarse con las moléculas de materia que cambian y desaparecen?

Pero tal vez seas indiferente a todas esas cosas; ¿Cómo entonces pueden el afecto y las almas de aquellos que Vd. ama preocuparle en absoluto, ya que no cree en la existencia misma de tales almas? Tiene que ser así. Ha hecho su elección; ha entrado en ese camino que no cruza más que el yermo desierto de materia. Se ha condenado a sí mismo a vegetar en él a lo largo de una larga serie de existencias. En adelante, tendrán que contentarse con delirios y fiebres en lugar de percepciones espirituales, con pasión en lugar de amor, con la cáscara en lugar de fruto.

Pero ustedes, amigos y lectores, ustedes que aspiran a algo más que la vida de la ardilla eternamente girando la misma rueda; Vd. que no se contenta con el hervir del caldero cuya turbulencia resulta en nada; Vd. que no confunde los ecos sordos, tan viejos como el mundo, con la voz divina de la verdad; prepárese para un futuro del cual muy pocos se han atrevido soñar, a menos que ya hayan entrado en el camino. Porque ha elegido un camino que, aunque espinoso al principio, pronto se ensancha y le lleva a la verdad divina. Es libre de dudar mientras todavía esté en el comienzo del camino; es libre de negarse a aceptar las enseñanzas que ha escuchado, pero respetando la fuente y la causa de esa verdad y siempre siendo capaz de escuchar lo que la voz del camino le dice. Siempre puede estudiar los efectos de la fuerza creativa que viene de las profundidades de lo desconocido. El suelo árido sobre el que se mueve la presente generación de hombres, al final de esta era de escasez espiritual y de exceso puramente material, tiene necesidad de un augurio divino sobre su horizonte, un arco iris, como símbolo de esperanza. Porque de todos los siglos pasados, nuestro siglo XIX ha sido el más criminal. Más que cualquiera de los siglos anteriores de barbarie ignorante y oscuridad intelectual, el siglo XIX es criminal en su espantoso egoísmo, en su escepticismo que hace muecas ante la idea misma de cualquier cosa más allá de lo material; y en su idiota indiferencia por todo lo que no pertenece a lo personal de sí mismo.

Nuestro siglo debe ser salvado de sí mismo antes de que suene su última hora. Para todos aquellos que ven la esterilidad y la locura de una existencia cegada por el materialismo y ferozmente

indiferente al destino de su prójimo, este es el momento de actuar: ahora es el momento de que ellos dediquen todas sus energías, todo su coraje y todos sus esfuerzos a una gran reforma intelectual. Esta reforma sólo puede lograrse con la Teosofía y, permítanme añadir, con el Ocultismo o la sabiduría de Oriente. Los caminos que conducen a ella son muchos; pero la sabiduría es una. Las almas artísticas lo imaginan; los que sufren, la sueñan; los puros en corazón la saben. Aquellos que trabajan para el beneficio del prójimo, no pueden permanecer ciegos ante su realidad, aunque quizás no siempre la reconozcan por su nombre.
